

rencia. Hablemos seriamente. Si hay una verdad absoluta revelada por Dios, es preciso también que tengan los hombres un medio de reconocerla; y no se diga que la verdad está consignada en la Escritura; se necesita que haya una autoridad que interprete los libros sagrados. Somos, pues, forzosamente llevados al catolicismo; él sólo tiene el depósito de la verdad y el derecho de interpretarla. Si los protestantes ortodoxos quieren ser lógicos hasta el fin, deben volver al seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. ¡Y es á esto á lo que conduciría la revolución religiosa inaugurada por Lutero! No vociferen los ortodoxos: quieren, dicen, permanecer protestantes; de nombre, sí; mas en realidad, son ya católicos: lo son por su concepción de la religión y más todavía por su concepción de la Iglesia.

## § II.—El protestantismo ortodoxo y la Iglesia.

### I.

La insurrección del siglo XVI fué una rebelión contra el papado y contra la Iglesia antes de llegar á ser una revolución religiosa. Lutero hizo una ruda guerra al papa, y arruinó en su fundamento la autoridad de la Iglesia proclamando, con la Sagrada Escritura, que todo hombre es sacerdote. Era esta una profecía que se dirigía á lo porvenir; en el siglo XVI era irrealizable; Lutero se quejaba incessantemente de la grosería, de la brutalidad del pueblo alemán, de su falta de cultura intelectual y moral. ¿Podía residir en esas masas incultas la iniciativa religiosa y el gobierno eclesiástico? Bien pronto cedió el puesto el movimiento democrático á la aristocracia; sintiendo la Reforma la impotencia de organizarse por el pueblo, delegó esta misión en los príncipes. Esto era lógico y estaba en armonía con el orden de ideas de que procedía la Reforma: igualaba á los laicos con los clérigos; y como en la sociedad laica dominaban los príncipes, debía suceder lo mismo en el gobierno de las cosas eclesiásticas (1).

Esto era secularizar la Iglesia. Empero los reformadores mantuvieron la Iglesia á título de institución divina, y dejaron con esto abierta la puer-

(1) Véase el *Estudio sobre la Reforma* y el *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte primera.

ta á todos los abusos contra los cuales se sublevaron. Si hay una Iglesia fundada por Jesucristo, el Hijo de Dios, esa Iglesia debe tener una existencia exterior, ministros, jerarquía y un poder divino sobre sus miembros para guiarlos por el camino de la salvación eterna. Este poder se ejerce por la Iglesia, sin ninguna intervención del Estado; la Iglesia hace leyes y las aplica, sin que el Estado tenga que mezclarse en ello. Eso es lo que los papas llaman la libertad de la Iglesia, y esta libertad fué también reivindicada por el clero protestante. Los príncipes, decía, tienen obligaciones para con la Iglesia, deben protegerla y defenderla, velar por la ejecución de sus decretos y castigar á los que los violen; pero los príncipes no tienen ningún derecho sobre la Iglesia; antes bien, deben poner sus leyes y su gobierno en armonía con las creencias cristianas, porque la Iglesia es de Dios (1).

Felizmente hay una fuerza irresistible en los principios; á pesar de las flaquezas de los hombres, y á despecho de su estrecha ambición, continuó el protestantismo secularizando la Iglesia, y en un cierto sentido, la religión misma. Nada más legítimo que esta revolución; el fundamento más sólido del poder eclesiástico es la distinción del poder espiritual y del poder temporal, perteneciendo el uno á la Iglesia y el otro al Estado, lo cual supone un orden espiritual diferente del orden temporal y la superioridad del primero sobre el segundo. De aquí el orgullo de los clérigos y la subordinación de los laicos, siendo el clero el órgano del espíritu, mientras el laico representa el cuerpo. Aunque imbuidos del espiritualismo cristiano, eran llevados fatalmente los reformadores á obrar contra ese espiritualismo, porque combatían la Iglesia, que es su expresión viva; veían la mano y la gracia de Dios en las cosas materiales tanto como en las cosas espirituales; rehabilitaron el matrimonio, y era especialmente por el celibato por lo que pretendían los *espirituales* acercarse á la vida de los ángeles. Al casarse, rompió Lutero con el espiritualismo evangélico y destruyó para siempre el poder de la Iglesia. El clérigo no fué ya un ser superior, el elegido de Dios, el ungido del Señor, llamado á guiar á los laicos por el camino de la salvación, y, por consecuencia, á dominarlos: los sacerdotes tavier-

(1) Véanse los testimonios en el *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte primera.

ron que contentarse con ser los predicadores de la palabra divina.

Esta revolución eclesiástica era también una revolución en el orden religioso. La religión católica enseña que el fiel no puede lograr su salvación sino dentro de la Iglesia y por ella; fuera de la Iglesia no hay salvación: tal es el dogma fundamental del catolicismo, y tal es también la base más sólida de la dominación de la Iglesia. Para destruir ese terrible poder, proclamó Lutero que la salvación depende de la fe, y no de ciertas obras que la Iglesia prescribe y que los fieles no pueden cumplir sino con su concurso. Así se inauguraba una nueva era religiosa. La idea de una ley exterior, de una autoridad que la mantiene y que la impone á las conciencias, domina en el catolicismo. De ahí la subordinación del laico al clérigo. En el instante en que nace se le bautiza, y el bautismo es un vínculo que no puede ya romper; si da un paso fuera del camino que la Iglesia le traza, corre el riesgo de perder su alma. Esta concepción pervierte profundamente la religión y la moral: el hombre no tiene más que una religión exterior, obedece á una ley que no comprende, que sufre por el temor de una pena ó á la cual se somete por la esperanza de una recompensa; y su moralidad es igualmente exterior, es una justificación legal; es justo el que cumple con el concurso del sacerdote los actos que la Iglesia le prescribe, actos puramente materiales en cuanto son misterios que la razón no comprende y que la conciencia no dicta. Se puede decir que en el catolicismo tiene la Iglesia una religión, pero no el fiel.

El dogma protestante rompe las cadenas de los fieles, les da la verdadera moral. No es ya en la Iglesia y por ella como el creyente logra su salvación; la fe es quien le justifica. Ahora bien, la fe reside en el alma y en la conciencia; se tiene por la gracia directa de Dios, sin la mediación del clero; y esa fe que tiene su mansión en el fuero interno, en lo que tiene el hombre de más íntimo, inspira todos sus pensamientos, todas sus acciones. En este sentido, la fe le justifica. No es ya el creyente una máquina que hace mover la Iglesia; si recibe de Dios su fe, presta á ella el concurso de su inteligencia y de su voluntad; obedece á Dios, pero como un ser libre. No es ya la Iglesia quien tiene una religión, sino el individuo. Á decir verdad, cada cual se forma su religión bajo la inspi-

ración de Dios, y esta religión es la única que puede ser verdadera, porque es la única que crea un vínculo directo y libre entre el hombre y Dios. Al romper los hierros que encadenan la conciencia de los creyentes, el protestantismo funda también la verdadera moralidad, porque no hay moralidad sin libertad. La emancipación de los laicos es, en suma, el gran beneficio del protestantismo.

### II.

La reacción protestante, fiel al espíritu católico que la anima, rechaza la tendencia revolucionaria del siglo XVI; todos sus esfuerzos se encaminan á reconstituir la idea católica de la Iglesia. Lutero trataba al papa de Antecristo y llamaba á Roma Babilonia, y los protestantes ortodoxos hablan del papado con una admiración que raya en la pena de no tenerlo. Gregorio VII, Inocencio III, Pío VII son, dicen, órganos del Cristo, instrumentos que eligió para gobernar la Iglesia. Si es así, ¿no sería una dicha para los protestantes tener á su cabeza uno de esos órganos de Dios? Stahl no los llama todavía vicarios de Jesucristo, pero los defiende contra las acusaciones de los reformadores. Al titularse vicarios de Dios, no han pensado jamás, dice, en despojar al Cristo del honor que le pertenece; y en su entusiasmo por los soberanos pontífices, llega á decir el doctor ortodoxo que jamás han pretendido los papas una dominación arbitraria (1). ¿Por qué, pues, no los habían de reconocer los protestantes como sus guías espirituales?

No se atreven á llegar hasta el fin los reformadores ortodoxos, porque crearían un conflicto con los príncipes protestantes, que no tienen deseo de abdicar su autoridad á los pies del papa. Por el momento concentran todos sus esfuerzos en la idea de la Iglesia, y su ideal es el del catolicismo. Antes afirmaban unánimemente los protestantes que la Iglesia no es una institución exterior, que no forma un poder ni espiritual ni temporal, conviniendo todos sus escritores en enseñar que la Iglesia es invisible, que es el vínculo espiritual que une á los fieles en Jesucristo, y añadiendo que no tenía la Reforma necesidad de una Iglesia exterior, pues que, según su doctrina, sólo el Cristo es mediador entre los fieles y Dios. La verdad es que si el cre-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 254.

yente logra su salvacion por la fe, no tiene razon de ser la Iglesia. Se ve, pues, que la cuestion religiosa está estrechamente ligada con la cuestion eclesiástica; y como los protestantes ortodoxos han vuelto á la idea católica de la religion, debían volver fatalmente á la idea católica de la Iglesia.

Y, en efecto, los reaccionarios protestantes proceden absolutamente lo mismo que los apologistas católicos. El Hijo de Dios se ha encarnado para revelar á los hombres el camino de la salvacion, y ha tenido tambien que establecer una autoridad que les enseñe la verdad revelada y les procure la vida eterna. Se necesita una *autoridad* en la Iglesia como en el Estado; si no, no hay más que anarquía, revolucion, disolucion y muerte. Las sociedades humanas han sentido la necesidad de someterse á leyes, á un poder superior, condicion esencial de su existencia y de su perfeccionamiento; y se quiere que Dios, al establecer la sociedad espiritual de los creyentes, la haya abandonado á sí misma, sin direccion, sin vinculo, sin gobierno? En vano se habla de una Iglesia invisible; los hombres no son espíritus puros, y para ellos una Iglesia invisible sería una Iglesia sin existencia real. La fe es, sin duda, una condicion de salvacion; pero la cuestion es saber cómo se mantiene, cómo se perpetúa la fe; y á esto no hay más que una respuesta: se necesita una Iglesia exterior (1).

Los ortodoxos protestantes concluyen, como los católicos, afirmando que la Iglesia está instituida por Dios para comunicar la ley de salvacion á los hombres. No se trata sólo de predicar la palabra divina; se necesita, ante todo, procurar á los fieles la gracia que abre el alma á las enseñanzas de Dios; de la Iglesia reciben esta gracia, la primera condicion de la salvacion y la más indispensable, y la obtienen sin ningun concurso de su parte, por una accion misteriosa, por la autoridad que el Cristo ha dado á su Iglesia. La gracia milagrosamente recibida se desarrolla por los sacramentos, otra vía milagrosa que implica tambien una accion sobrenatural del sacerdote. En definitiva, en el protestantismo ortodoxo, como en el catolicismo romano, no participa el hombre de la gracia de Dios sino por la mediacion de la Iglesia (2). ¿Yerra, pues, Bun-

sen al decir que los reaccionarios protestantes vuelven á la famosa máxima que es como la esencia de la religion católica: fuera de la Iglesia no hay salvacion? (1).

Pero ¿cómo conciliar este catolicismo protestante con la doctrina de los reformadores, con el sacerdocio universal de Lutero? Los protestantes ortodoxos han aprendido en la escuela de los ultramontanos á hacer decir á la historia lo contrario de lo que dice; si ellos solos hablaran, no habría ya Reforma; la revolucion religiosa del siglo XVI se convertiría en un mito, y la ciencia protestante serviría para consolidar el catolicismo. No llegan á negar nuestros reaccionarios el sacerdocio universal predicado por el monje sajón; pero lo interpretan con tal arte, que nada queda de él; ¿qué digo? hallan en la doctrina luterana la idea católica del sacerdocio. En punto á falsificacion moral, este es el ideal del género. Lutero quería arruinar la Iglesia católica proclamando que todo hombre es sacerdote, lo cual implica que el sacerdote no tiene ningun carácter que lo distinga del laico y que son los fieles quienes constituyen la Iglesia; y hé aquí lo que dicen los protestantes ortodoxos: "Todo hombre es sacerdote significa que todos pueden orar á Dios en nombre de la comunidad; pero el sacerdocio propiamente dicho ha sido instituido por Dios para comunicar la gracia á los fieles; los fieles la reciben por los sacerdotes; los sacerdotes son, pues, quienes constituyen la Iglesia" (2).

¿De qué sirvió, ocurre preguntar, la revolucion del siglo XVI? Los protestantes se gloriaban ántes de haber inaugurado una nueva era religiosa, y hoy dicen los luteranos que no es otra cosa el protestantismo que el catolicismo depurado. En el catolicismo de la Edad Media había sido olvidado y casi absorbido el principio de la fe por el de las obras; Lutero combatió este exceso; mas el reformador, se dice, cayó en el extremo opuesto: por ensalzar la fe rebajó las obras, y, por consecuencia, la Iglesia que á ellas preside, sin reflexionar que, si los discípulos del Cristo se hubieran atenido á la fe, no habría habido jamás religion cristiana. Porque ¿de dónde viene la fe? De la Iglesia. Luego la Iglesia es el elemento esencial de la econo-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 252 y siguientes.

(2) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 57.

(1) BUNSEN, *die Zeichen der Zeit*, t. II, p. 143.

(2) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 252.—SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 276.

mía divina que estableció el Cristo para la salvacion de los hombres (1).

En este punto se apartan enteramente los luteranos modernos de la tradicion protestante. Los escritores más notables de la Reforma enseñan que no se habla en la Escritura de una Iglesia, de un cuerpo de sacerdotes; mas los ortodoxos modernos, gracias á la luz católica que los ilumina, comprenden mejor las palabras de Jesucristo; y así, cuando se lee á Stahl, se cree oír á Belarmino ó á algun otro reverendo padre que interpreta la Biblia como los legistas de baja estofa interpretan las leyes. El Cristo tenía apóstoles, y les dió la mision de predicar la buena nueva, de lo cual se deduce que el ministerio de los sacerdotes es de institucion divina (2). Si se preguntára á estos procuradores protestantes dónde se dice en los Evangelios que debe haber un cuerpo de sacerdotes, que debe haber una Iglesia distinta de la Iglesia judía, ¿qué podrían responder? Los apóstoles, como su Maestro, hacían sus oraciones en el templo y cumplían todas las observancias de la ley, sin sospechar que el Cristo les hubiera investido de un carácter divino, ni que fueran los conductos por los cuales debía comunicarse á los hombres la gracia de Dios.

El ministerio de los pastores protestantes no consiste más que en predicar la palabra divina, y así se les llama *predicadores*; mas, al decir de los luteranos ortodoxos, el protestantismo se habría desviado del Evangelio por reducir el ministerio sagrado á la predicacion, puesto que los apóstoles no tenían sólo la mision de enseñar, habiéndoles dado tambien Jesucristo el poder de atar y desatar. Esto le basta á Stahl para reconstruir el dogma católico de la Iglesia: enseñar no quiere decir predicar; la palabra de Dios es la gracia de Dios. Los apóstoles y sus sucesores son, pues, esencialmente los órganos de la gracia divina, y por eso tienen el poder de remitir los pecados y de excluir á los culpables de la Iglesia: atar y desatar en la tierra y en los cielos y excomulgar son sin duda actos de poder. Stahl se vale en este punto de una comparacion que caracteriza el protestantismo ortodoxo: "El poder de las llaves, dice, es el poder real en la Iglesia, como la fuerza pública en el Estado" (3). ¡Así habría venido Jesucristo á fundar

un poder de coaccion comparable al de las legiones romanas! Decididamente hay que decir á estos pretendidos discípulos del Cristo lo que el Maestro decía á los que querían recurrir á la fuerza para establecer su reino: "¿No sabeis de qué espíritu sois!"

Su espíritu es el del catolicismo romano, y ellos mismos no lo ocultan: proclaman bien alto que Jesucristo fundó una Iglesia visible, lo cual es la contradiccion absoluta de la doctrina protestante. Á los ojos de los reformadores, la Iglesia visible que tiene su trono en el Vaticano era la obra del error, del engaño, del orgullo; no tiene otra razon de ser que la ambicion de Roma pagana, que se ha trasmitido á Roma católica, ni otra justificacion que la barbarie de las poblaciones del Norte, cuya educacion estaba llamada á formar. Los Germanos tenían, á su vez, la mision de emancipar á la humanidad moderna del yugo de una Iglesia que explotaba á la cristiandad por interes de dominacion y de codicia. Lo que para los reformadores era un error se convierte en verdad para los extraños discípulos que tienen en el siglo XIX; lo que para los reformadores era la satisfaccion del triunfo se convierte para sus sucesores en motivo de pesar y de duelo. La Iglesia que Lutero comparaba á la Babilonia del Apocalipsis es exaltada por Stahl como una institucion divina; y mientras Lutero clamaba de alegría ante la ruina del Antecristo, Stahl gime y llora sobre las ruinas de la unidad católica (1).

Más fácil es alterar las palabras del Cristo y truncar la historia que cambiar la realidad de las cosas. Á despecho de los ortodoxos, la Iglesia protestante está léjos de responder á su pretendido ideal. Desde luego no tiene obispos. ¡Qué lastima! Lutero no veía que los obispos existían ya en la cuna de la Iglesia, y que, á medida que fué creciendo, se hizo más necesario el episcopado. ¿Quién mantuvo la unidad en medio de tantas Iglesias dispersadas por el mundo romano? ¿Quién reprimió las herejías, cuyos errores amenazaban la existencia misma de la nueva religion? ¿Quién formuló los dogmas sin los cuales no hay ni Iglesia, ni culto, ni religion? ¿Quién defendió la libertad de la Iglesia contra los omnipotentes emperadores? La historia responde: el episcopado. Tan cierto es que

(1) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 264, 274.

(2) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 276.

(3) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 277-278.

(1) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 280, 287.